

[V. française/originale](#)

## Simone de Beauvoir o la ambivalencia de una mujer «normal»

Marie-Jo Bonnet

Simone de Beauvoir es un ejemplo interesante de ambivalencia frente al deseo lésbico en una mujer cuyo pensamiento está reconocido en el mundo entero como emancipador para las mujeres a través de “El Segundo sexo”, fundamentalmente, aparecido en 1949, cuando contaba 39 años, en un contexto político-cultural en el que las mujeres acababan de alcanzar el derecho al voto.

Hoy sabemos que SB era bisexual. Su “Diario de guerra” y sus “Cartas a Sartre”, publicadas en 1990 por Sylvie Le Bon, han revelado lo que su obra autobiográfica había silenciado: su gusto «carnal» por las jóvenes que había conocido, cuando era profesora en institutos femeninos, en el período de 1933 a 1943. SB tuvo en efecto varias “pasiones orgánicas”, como las llama en su diario. La primera, Zaza, su amiga de infancia, muerta en plena flor de la vida pero de la que una novela de juventud, publicada en 1979 con el título “Cuando prima lo espiritual”, nos proporciona algunas evidencias a través de la historia de Marguerite que cuenta una escena de seducción fallida entre Marie-Ange y la narradora. Beauvoir precisa además en la introducción que la historia de Marguerite “era en gran parte la de mi adolescencia”<sup>1</sup>.

En 1933, conoce a Olga Kosakiewicz, alumna suya en el liceo de Rouen. Mantendrá con ella una relación en 1935 -al mismo tiempo que Sartre se enamora perdidamente de la misma-, en la que S.B. se inspirará para describir el personaje de Xavière en su

---

<sup>1</sup> S. de Beauvoir, *Quand prime le spirituel*, Ed. Gallimard, 1979, p. 5

primera novela “La invitada”, escrita entre 1938 y 1941. Esta relación, paralela a su estatus «de esposa morganática» de Sartre, según la expresión utilizada por este último en 1930, inaugura el famoso trío que será constitutivo de su estructura amorosa. En esta relación, es Olga la que sufre los celos de Beauvoir ya que Sartre la amaba y quería convertirla en su amante, algo que Olga rechazará.

Dos años más tarde, Beauvoir conoce a Bianca Bienenfeld (convertida posteriormente en Mme Lamblin) en el liceo Molière, en París. Nacida en 1921 en Polonia, de padres judíos emigrados a Francia en 1922, donde se establecen como joyeros, Bianca es la más conocida por haber contado su historia en las “Memorias de una joven informal” (1993) (en el “Diario” y en la correspondencia de Beauvoir, aparece bajo el seudónimo de Louise Védrine).

En 1938 Beauvoir conoce a Nathalie Sorokine, alumna suya en el instituto Molière. La joven, también de origen extranjero, concretamente rusa, había nacido en Constantinopla en 1921. Su relación con su antigua profesora de filosofía comienza en el invierno 1939-1940, durante la movilización de Sartre. Tendrá importantes consecuencias para Beauvoir porque, tras una denuncia interpuesta por su madre en diciembre de 1941 “por corrupción de menores”, Beauvoir será expulsada de la Enseñanza Nacional en junio de 1943, lo que encaminará su vida hacia la literatura. Tras la Liberación, Nathalie se casará con G.I. instalándose en Estados Unidos hasta su fallecimiento en 1967.

Me detengo en estas tres mujeres que son conocidas actualmente por las publicaciones póstumas y porque Beauvoir tuvo relaciones con ellas diez años antes de escribir “El segundo sexo”, algo que tuvo que influenciar su visión sobre “la lesbiana” a la cual dedica un capítulo. No analizaré el funcionamiento del trío, pues lo que me interesa aquí es la manera en que Beauvoir va a mantener un doble lenguaje sobre el eros lésbico constitutivo de su propia ambivalencia.

En las “Cartas a Sartre”, escritas durante la “drôle de guerre”, y en su propio “Diario de guerra” (1939), relata lo que vive con una franqueza a veces desconcertante. Sobre Védrine, por ejemplo, escribe a Sartre: “La llamo mal bicho y se pone hecha una fiera”. «A pesar de todo me resulta divertido ser apasionadamente amada de esta manera

tan femenina y orgánica por dos personas: Védrine (...) y Sorokine...»<sup>2</sup>. En esta época, Beauvoir mantiene simultáneamente estas dos relaciones con sus ex alumnas sin dejar de escribir apasionadas cartas de amor a Sartre que se encuentra movilizado por la guerra. Habla a menudo de sus “abrazos apasionados” y de las noches pasadas con las jóvenes en el hotel tras una cena en La Coupole o en una explicación sobre un texto filosófico. Lo cuenta tanto en las cartas como en sus cuadernos, en una especie de doble redacción donde las diferencias resultan particularmente significativas. Así, ella relata en su “Diario” una anécdota sucedida con Sorokine, quien acaba de devolverle su cuaderno negro (¿su diario?) que había cogido de su bolso, diciéndole:

“Si se lo hubiera llevado, no la habría vuelto a ver en mi vida”. Entonces ella me reprocha “¡no se puede decir que sus sentimientos sean muy sólidos!”. Me siento a su lado en la cama y la consuelo; enseguida, abrazos, apasionados besos; aún está cabreada: “ocupo el quinto lugar en su vida”. Intento persuadirla de que no debe sentirse celosa de mi vida, le digo que la amo tiernamente. Con una especie de instinto muy acertado, dice que a quien más odia es a “mi amiga pelirroja” (Védrine). Me siento conmovida y le hablo con toda la franqueza y la dulzura posibles. Se relaja, creo que, por primera vez, se ha despedido con tranquilidad, confianza y ternura. A veces pone unas caras patéticas y tiernas. Y heme aquí liada, a pesar mío.<sup>3</sup>

Al día siguiente, Beauvoir cuenta el mismo episodio en su carta casi diaria a Sartre, comenzando por la reflexión de Nathalie diciéndole: “Ha hecho bien, no habría vuelto a verla en la vida”. Y comenta la escena a su “Querido pequeño ser”.

*Toda la noche estuvo enfurecida dándole vueltas a esa frase y ayer se sentó sobre la cama y estalló en reproches y después en lágrimas, que dieron paso a mimos, besos y, abrazos apasionados. Pone unas caras bellísimas, trágicas y desesperadas que me conmueven. Intenté explicarle que me gustaba mucho pero me respondió con desesperación: “¡Es tan injusto! ¡Ocupo el quinto puesto en su vida!” y con un instinto muy certero me dijo que los soporta a usted, a Bost (de quien apenas le he hablado) y a Kosakiewicz pero que odia a mi amiga pelirroja (L. Védrine). Estuve todo lo tierna*

<sup>2</sup> S de Beauvoir, *Lettres à Sartre*, 21 diciembre 1939, Gallimard, 1990, p. 370.

<sup>3</sup> S de Beauvoir, *Journal de guerre*, 12 octubre 1939, p. 86.

*que pude aunque sin hacerle promesas, y terminó por calmarse y hasta pareció ponerse contenta. (LC, 180)*

B. practica pues las relaciones múltiples con una naturalidad no disimulada. A Sartre le detalla el número de sus relaciones manteniendo un juego perverso que le sitúa en posición de “voyeur”, dado que él mantiene a su vez una relación con Védrine, como lo cuenta Bianca Lamblin en su libro. ¿Rivalidad? ¿Celos? ¿Manipulaciones con el propósito de desacreditar a Védrine? “Nos hemos abrazado apasionadamente y, a decir verdad, le he tomado gusto a esas relaciones” (LS, 344), escribe ella más adelante a Sartre. Juega con cautela y no quiere perder en ningún frente. Pero se nota que tiene miedo de perder el primer lugar que ocupa para Sartre. Cada día critica los pequeños defectos de Bianca Bienenfeld sin dejar de estrechar los lazos epistolares con Sartre. Por ejemplo, tras haber recibido varias cartas de él, ella responde: «Amor mío, (las cartas) son tan tiernas, tan cercanas, una verdadera presencia: estaba sobrecogida de pasión por usted... la pasión nunca llegaba a ser volcánica, pero yo sabía que podía desatar sus terremotos dentro de mí» (LS, 158).

Tenía motivos para estar “sobrecogida por la pasión”: Bajo la presión insistente de B., Sartre acababa de romper su relación sexual con Bianca Bienenfeld, dejando a B. vía libre para proseguir con sus paroxismos.

La relación con Sorokine no estaba enturbiada por los celos. En su “Diario”, ella cuenta el 13 de enero:

«Volvemos, son las 2. -Charlamos un instante sentadas una junto a la otra y enseguida, besos y abrazos; apagamos la luz y nos metemos en la cama - en esta ocasión ella está relajada y apasionadamente feliz y tierna, siempre con la misma reserva dentro de la pasión, la misma gracia en su ternura. Volvemos a encender la luz para leer los cuadernos pero leemos poco; me pregunta cosas como ¿Qué es lo peor que se puede hacer entre mujeres? y ¿si somos criminales, mereceríamos la prisión por lo que hacemos?, esta idea le encanta. Tengo una sensación tremenda de que la estoy “iniciando”, lo que me avergonzaría si no estuviera tan profundamente implicada como lo estoy. No siento ni sombra de pasión hacia ella pero sí una inmensa ternura y estima, no querría hacerle daño por nada del mundo- un rostro tan

conmover cuando sonrío con el abandono del que es capaz, un abandono consentido que jamás la desborda. Nuevos abrazos (...)» (JG, 240).

Pasión por una parte, sensualidad física, por otra: Pero que no llega hasta el extremo de expresarse públicamente. En sus escritos “oficiales”, los destinados a ser publicados, oculta completamente toda implicación carnal con las mujeres. Primero en las novelas, como “La invitada”, donde las dos heroínas no hacen el amor juntas, lo que reduce la rivalidad del trío a una historia de celos por un hombre. Y, sobre todo, en “El segundo sexo”, donde B. dedica un capítulo entero a “la lesbiana” como si escribiese una disertación filosófica. Es cierto que hablamos del año 1949 y la iniciativa puede parecer en sí muy audaz en esos tiempos de misoginia creciente. Pero no olvidemos que el público recibió un impacto mayor por su capítulo sobre la maternidad, en el que no solo hablaba libremente del aborto (entonces prohibido), sino que denunciaba la pretendida igualdad con el hombre que otorgaba el simple hecho de convertirse en madre. Y además, no es la primera en arriesgarse. Treinta años atrás, Gide, Proust, Natalie Clifford Barney y luego Colette escribieron sobre el tema antes de que lo hiciera el psicoanálisis. Lo que explica probablemente por qué B. rebatía ampliamente los argumentos de psiquiatras y sexólogos.

Pero por qué nunca pudo asumir públicamente sus relaciones sexuales con las mujeres, llegando incluso a negar haber tenido relación personal alguna con el lesbianismo, como en esta entrevista realizada en 1984 (es decir, dos años antes de su muerte) por Héléne Vivienne Wenzel que le pregunta:

«H.V. Wenzel: (...) usted ha tratado el tema del lesbianismo en “El segundo sexo” en 1949 de una manera más equitativa y amplia que otros estudios similares de ese período. Y por entonces usted ya conocía a Violette Leduc y a otras lesbianas en Francia. ¿Basó su propio estudio en estas relaciones?

S. de B.: Oh, no nunca. Creo que conocí... Creo que era realmente muy superficial, lo que dije sobre lesbianismo. Conocía a algunas lesbianas pero no a muchas. Conocía a

Violette Leduc pero ella nunca me habló de su propia vida sexual porque ella era ambivalente. (...)»<sup>4</sup>

“Oh, no nunca”... ¿No es esa una sorprendente negación proferida por una mujer cuya obra, “El Segundo sexo”, se tradujo a numerosos idiomas. Una filósofa que está unánimemente reconocida como la gran teórica de la liberación femenina, pero que jamás puede asumir sus deseos por las mujeres? Además, sugiere que Violette Leduc es ambivalente. Bonita proyección pues si hay alguien ambivalente sobre el tema, ésta es SB.

Ambivalencia de una vida, de una educación burguesa y católica, de una época, y de una intelectual que asume un acto que no ha cometido (en 1971 firmará el “Manifiesto de las 343” mujeres declarando haber abortado ilegalmente) y niega un acto autorizado que sí hizo... ¿Por qué mintió, escondiendo la verdad sobre la cuestión de sus relaciones “orgánicas” con las mujeres? ¿Es para protegerse de la lesbofobia, como podría pensarse, sabiendo que la relación con Sartre ha sido una tapadera nada desdeñable frente a potenciales consecuencias lesbóforas? La mentira es constitutiva de una ambivalencia que se expresa por un erotismo de corte claramente predador, como veremos seguidamente.

La introducción al capítulo de “la lesbiana” es reveladora de la ambigüedad en la cual B. habla de “aquéllas que han escogido caminos prohibidos”<sup>5</sup>. Ambivalencia con respecto a lo prohibido, en primer lugar. ¿Prohibido por quién y por qué? ¡Misterio! En ningún momento B. aborda la cuestión de la norma (hetero) sexual para denunciarla o discutirla, aun cuando sigue vigente en el lenguaje jurídico que habla de “prácticas contra natura” en los textos que condenan las relaciones homosexuales relacionadas con la “incitación al vicio. El problema no es la norma, sino el mito de la feminidad y las categorías filosóficas que sirven para oponer las mujeres a los hombres en series pretendidamente complementarias como activo - pasivo, sujeto - objeto, virilidad - feminidad, depredación - naturalismo, etc. Ella las retoma íntegramente y veremos

---

<sup>4</sup> Helene Vivienne Wenzel, «Interview with Simone de Beauvoir», Yale French studies, 72, 1986, pp. 15-40.

<sup>5</sup> S. de Beauvoir, *Le Deuxième Sexe* (1949), Gallimard, Folio essais, t. II, p. 191. Todas las citas están sacadas de esta edición

cómo estos conceptos utilizados en la filosofía existencialista hipotecan toda posibilidad de comprender la esencia del deseo lésbico. Sabido es que la crítica del naturalismo ha sido su gran aportación al pensamiento feminista. Su célebre cita de “El segundo sexo”, «No se nace mujer, se llega a serlo», ha dado la vuelta al mundo, contribuyendo a socavar el mito de la feminidad con el fin de poder pensar la igualdad entre los sexos desde una perspectiva universalista. Pero si bien podemos felicitarnos de esta deconstrucción, apenas nos hemos interrogado sobre sus consecuencias, a saber, una crítica del naturalismo que sirve para demostrar que la lesbiana no contribuye a liberación alguna. Y una visión de la virilidad que sale reforzada de esa empresa puesto que B. no cuestiona nunca la superioridad erótica del hombre. Si la feminidad es una engañifa y la virilidad, inatacable, ¿qué le queda a las mujeres para construir su identidad en una sociedad claramente falocrática?

Además, el mito de la feminidad (la mujer es femenina, es decir naturalmente pasiva y objeto del deseo masculino) enmascara al discurso homófobo. Pues el reproche de la “sociedad” a las lesbianas, no es desear lo femenino, sino imitar al hombre incurriendo en actos contra natura. Esta ocultación del verdadero discurso represivo es tanto más sorprendente en cuanto que la misma B. fue blanco de una ley que castiga la corrupción de menores entre mujeres en nombre de las prácticas sexuales naturales. Ella no fue la primera en encontrarse en esta situación. En 1934, Claire Parrini, una obrera que vivía en el Var, fue condenada a tres meses de prisión con remisión condicional de la pena y a 25 francos de multa por “prácticas contra natura realizada sobre chicas menores”. El fallo de la Corte de Apelación del 6-12-34 estipulaba:’

“Considerando que el artículo 334 (334-1) del Código Penal no alcanza, en principio, a los actos de seducción personal y directa, las manifestaciones fisiológicas naturales de un sexo por el otro, este texto encuentra su aplicación cuando, en la especie, se trata de hechos contra natura, que deben considerarse como actos de perversión, de depravación y de incitación al vicio, actos que hacen de su autor un corruptor”<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> Semaine Juridique, Paris, 1935, p. 259.

Estas jóvenes eran de hecho sus compañeras de trabajo y, como esas “prácticas impúdicas” sucedían sin testigo y sin “intermediaria”, la Corte de Casación anuló el juicio en 1937 por “falta de base legal”. Vemos, sin embargo, que antes de la guerra, el artículo del código penal que castigaba “la incitación de menores al vicio” se aplicaba tanto a las lesbianas como a los pederastas.

La madre de Nathalie Sorokine la denunció en diciembre de 1941 por “corrupción de menores”. Quería que su hija se casase con su amante, M. Dupas, mientras que B. la empujaba a continuar con sus estudios ayudándola también materialmente. El argumento económico como excusa del matrimonio no se sostenía pues, y es más bien la relación entre su hija y su ex profesora de filosofía lo que la madre desea romper. Hemos visto la conversación relatada por B. en su diario sobre lo peor que ambas podrían hacer que pudiera ser motivo de cárcel. Es probable que Nathalie hablase a su madre de su relación y que esta última sintiera celos hasta el punto de querer ponerle fin. No era la primera vez, ni sería la última, que B. se enfrentase a los celos maternos. Pero esta vez, no es igual. Estamos bajo la ocupación alemana y la policía instruye la denuncia. En marzo de 1942 se lleva a cabo una investigación judicial, de la que se encarga el inspector Dubois que interroga a su entorno: a Nathalie, evidentemente, pero también a Olga Kosakiewitch y a su hermana Wanda, así como a Sartre y a M. Dupas. Aunque el peligro sea real, las declaraciones son clarificadoras sobre la manera en que B. va a defenderse adoptando una posición de normalidad. Ella explica al policía que le toma declaración:

*Nathalie, como algunas chicas de su edad, me tenía una apasionada admiración. Jamás he respondido a sus demandas, al contrario, la he encaminado hacia relaciones sexuales normales. Nathalie Sorokine es violenta, impulsiva y cuántas veces, más tarde cuando sólo fui para ella su amiga y su profesora, me reprochaba algunas de mis relaciones masculinas<sup>7</sup>.*

Si es fácil entender que B. niegue tener relaciones sexuales “anormales” bajo el régimen de Vichy, no lo es tanto el que no dude en atacar a su amiga para revestirse de toda la respetabilidad que conviene a una profesora. El tono ha cambiado de

---

<sup>7</sup> Todas estas citas están sacadas de Gilbert Joseph, *Une si douce occupation : Simone de Beauvoir et Jean-Paul Sartre, 1940-1944*, Paris, Albin Michel, 1991, p. 210-212.



manera radical desde el día en que ella se conmovía con su “pasión contenida” y la gracia de su ternura. La versión de Nathalie Sorokine es muy diferente. Afirma haber inventado esta historia de amor con su profesora pero vemos que utiliza el mismo vocabulario que B. “No quería a este hombre y quería dejarlo a toda costa. Inventé entonces esta historia de relaciones sexuales con Mlle B. con el fin de librarme de M. Dupas. Mlle B. me lo aconsejó. M. Dupas al comprender que yo era una mujer “fallida sexualmente” consintió en que lo dejara. (...) Quiero decir que soy una mujer normal. Jamás tuve relaciones sexuales con mujeres”.

Las dos mujeres son las únicas en hablar de “relaciones sexuales normales”. Interrogadas, Olga habla de “insinuaciones de tipo muy especiales”, Wanda de “costumbres especiales”, Sartre de “sentimientos particulares hacia las mujeres” y de “amistad recíproca entre Mlle de Beauvoir y Sorokine”. En cuanto a M. Dupas, su ex amante, la relación entre las dos mujeres es para él una “pasión real”. Vemos pues cómo B. se defiende utilizando el argumento de la normalidad mientras que sus amigos reconocen el carácter íntimo de su relación. Este modo de defensa no la libraría de ser suspendida de la Enseñanza Nacional en junio de 1943 y rehabilitada tras la Liberación.

Esta historia tendrá grandes consecuencias sobre su manera de hablar públicamente del lesbianismo. Cuando no lo oculta, se esmera en protegerse frente a una eventual acusación de lesbianismo (aun cuando ella es sospechosa de “incitación a la corrupción de menores” y eso que no se llevan más de una decena de años de diferencia..., lo que no es delito) tras la crítica del mito de la feminidad. Reviste la feminidad de todo lo que rechaza en la sociedad en nombre del naturalismo sin darse cuenta de que, por el contrario, al conferir a la virilidad cualidades hiper positivas, practica exactamente lo que denuncia.

Hace suyo el discurso dominante sobre la feminidad, como la pasividad, la relación de objeto respecto del sujeto masculino que la convierte en presa sexual, que aumenta así el efecto de repelente sobre el erotismo, o la ausencia de erotismo entre mujeres.

“Los amores sáficos son en la mayoría de los casos una asunción de la feminidad, no su rechazo”, escribe. Vemos cómo B. se refiere al punto de vista masculino para

desacreditar la relación femenina en el marco lésbico, en una ambivalencia que aparece aún más nítida cuando B. compara a la lesbiana con la mujer normal.

*Al igual que la mujer frígida desea el placer a la vez que lo rechaza, la lesbiana querría ser a menudo una mujer normal y completa aún sin querer serlo* (DS, II, 202).

¡Hermosa confesión! Pues ¿no es ahí donde está su problema? De ahí la equivalencia de la lesbiana con la frigidez, ya que lo que rechaza la mujer frígida no es el placer, sino al hombre que pretende dárselo o tomárselo. Así, la ambivalencia no se sitúa en relación a las categorías naturalistas masculino / femenino, sino más bien en relación a la norma dominante.

Lo que no le impide condenarlas bajo el pretexto de que la homosexual no pone en peligro la supremacía masculina. “Al hombre le molesta más una heterosexual activa y autónoma que una homosexual no agresiva; solo la primera cuestiona las prerrogativas masculinas” (DS, II, 196). Luego B. cuestiona la distinción de los sexólogos entre invertidas masculinas y femeninas porque le parece arbitraria. “Definir a la lesbiana viril por su voluntad de imitar al hombre, es condenarla a la falta de autenticidad” (DS, II, 197), escribe. Podríamos creer que B. se levanta aquí contra el saber científico heredado de la Antigüedad que definía a la tríbada como una mujer que “imita al hombre”. Nada de eso, pues la virilidad de la lesbiana no puede ser auténtica. En efecto, si la lesbiana viril se rebela contra la especificación femenina, y B. cita dos ejemplos de travestidas presentados por Havelock Ellis y Stekel, “esta rebeldía no implica en ningún caso una predestinación sáfica”. ¿Por qué? Porque las mujeres heterosexuales están también en rebeldía contra esta especificación, hasta el punto, escribe, que “la mujer llamada viril es a menudo una heterosexual clara”. ¿Y la lesbiana viril entonces? Y bien, no existe, pues su virilidad nos dice B., no es un rasgo de su erotismo, sino de su posición social. Cito:

*Lo que da a las mujeres encerradas en la homosexualidad un carácter viril, no es su vida erótica que, por contrario, las confina en un universo femenino: es el conjunto de responsabilidades que se ven obligadas a asumir por el hecho de prescindir de los hombres!* (DS, II, 214)

Se habrá entendido que el erotismo no es lo que caracteriza a la lesbiana. Y por otra parte, cómo podría tener una sensualidad agresiva si B. observa con agudeza:

*Ella está evidentemente privada de órgano viril; puede desflorar a su amiga con la mano o utilizar un pene artificial para fingir la posesión; no deja de ser un castrado*

Es inútil dividir a las lesbianas en dos categorías definidas en tanto que una “comedia social se superpone a sus relaciones verdaderas”, prosigue B. inexorablemente y dice exactamente lo que reprochaba a los psicoanalistas: “Complaciéndose en imitar una pareja bisexuada, sugieren ellas mismas la división en viriles y femeninas” (DS, II, 211). Dicho de otra manera, las categorías viril / femenino no son producidas por la sociedad sino reproducidas por las lesbianas que llegan así a “inútiles fanfarronadas y a todos los alardes de falta de autenticidad. La lesbiana juega en un primer momento a ser un hombre, después ser lesbiana se convierte también en un juego; el travestí, de disfraz se transforma en uniforme; y la mujer con el pretexto de sustraerse a la opresión masculina se convierte en esclava de su personaje; no ha querido encerrarse en la situación de mujer, pero queda aprisionada en la de lesbiana” (Beauvoir :DS, II, 217).

Que la homosexualidad sea una prisión para B., es probable. Pero ¿por qué generalizar en una falsa paradoja que descalifica a la lesbiana hasta en su libertad de sujeto existente? Vemos así cómo la serie de oposiciones paradigmáticas sujeto / objeto, activo / pasivo, masculino / femenino, hipoteca toda posibilidad de cuestionar la normalidad en tanto que norma socialmente construida. Además, esas oposiciones se apoyan sobre una concepción de la conciencia que corta todo acceso al inconsciente y a la parte oculta de uno mismo. Si una conciencia es siempre consciente de sí misma, como postula el existencialismo, se corre el riesgo de descubrir verdades ocultas. ¿Por qué una mujer desea a otra cuando toda su educación, su cultura, su religión, la condiciona a desear a un hombre? ¿Por qué y cómo ha escapado a ese condicionamiento? He aquí cuestiones que apenas se plantea B. Lo único que le interesa es ser una mujer normal sin dejar de disfrutar del tesoro de la sensualidad femenina.

Y es ahí donde llegamos a la lógica ambivalente de su propio deseo. En B., la relación sexual es vivida como una depredación, ya sea en el ámbito heterosexual u

homosexual. La introducción del capítulo sobre la lesbiana es muy explícita sobre su propia relación con el objeto amado.

*Aunque se adapte más o menos exactamente a su papel pasivo, la mujer siempre está frustrada como individuo activo. Lo que envidia al hombre no es el órgano de la posesión, es su presa. Es una paradoja curiosa que el hombre viva en un mundo sensual de suavidad, de ternura, de blandura, un mundo femenino, mientras que la mujer se mueve en un mundo masculino que es duro y severo; sus manos conservan el deseo de abrazar carne tersa, pulpa cremosa: adolescente, mujer, flores, pieles, niño; toda una parte de ella misma que está disponible y desea la posesión de un tesoro análogo al que le entrega al varón. (D.S., II, p. 191).*

Vemos cómo el amor predador se sitúa en B. en la problemática del yo. Esta parte de ella misma que “entrega” al varón, desea poseerla también para ella sola. Quiere abrazar la pulpa cremosa de un sexo femenino, participar en el banquete de la vida, consumir todos los frutos de la creación sin estar limitada por los prejuicios. El vocabulario erótico de S.B. está marcado por la glotonería, lo que expresa una avidez de la carne tan necesaria de satisfacer como el hambre o la sed. “Noche patética, apasionada, estaba saciada de pasión, es foie gras pero de mala calidad encima”<sup>8</sup>, escribe a Sartre tras una noche junto a Bianca Bienenfeld.

La inconsciencia de lesbofobia en B. va a la par con su rechazo de la burguesía. Quiere desafiar las prohibiciones, ver, conocer y probar todo. El lesbianismo entra en esta avidez. Es un objeto de consumo como otro que engulle en una bulimia de la vida raramente saciada. Posee una energía considerable, puede caminar 20 km a pie, escribir durante todo el día, corregir manuscritos y sentir deseos de hacer el amor durante toda la noche en una habitación de hotel. Es por lo que, no se aleja tanto en “El segundo sexo”, de su práctica del erotismo lésbico que no se sitúa del lado de la relación entre dos sujetos sino del consumo sexual, o más exactamente de la depredación. Para retomar la terminología freudiana, diré que se sitúa del lado de las pulsiones del yo y de su autoconservación en tanto que el amor, que es un placer compartido que tiene en cuenta los deseos del otro, se sitúa más del lado del altruismo.

---

<sup>8</sup> S. de Beauvoir, *Lettres à Sartre*, Ed. Gallimard, 1990, p. 225.

¿La depredación erótica de B. se ha construido como reacción para proteger el yo al vivir en un contexto particularmente misógino y falocéntrico? Ciertamente su yo no estaba reconocido en su justo valor. Ya sea durante sus años de formación o, incluso después, con Sartre. Pues aunque dieran la imagen de una pareja de intelectuales, B. necesitaba más de él que él de ella para que sus ideas se difundiesen. Era tan consciente de ello que esa es probablemente la razón que la llevó a romper con Algren. Sus pulsiones sexuales fueron canalizadas hacia el yo, salvo quizás con su amante americano con quien podrá relajarse y permitirse vivir un cuento de hadas femenino en el Nuevo Mundo. La aventura será tanto más paradisíaca cuanto la sabe efímera. Pues una mujer como ella, identificada como intelectual, y completamente volcada en una inteligencia combativa, no puede abandonar a Sartre ni un país donde su obra es discutida, criticada, recompensada, reconocida. Lo necesita como comer foie gras, carne, pasión... en una mujer de deseos inalterados.

La depredación no se da sin una cierta perversión, que aflora en las cartas a Nelson Algren donde ella le habla de las lesbianas que conoce:

*Al volver a casa me encontré con 3 cartas, una desmañada carta de amor de la mujer fea (Violette Leduc), diciendo que no me ha visto desde hace 13 días y que ya no puede soportarlo más, una carta imperiosa de mi amiga judía diciéndome que exige verme inmediatamente y mucho (¿Bianca Lamblin?) y una tercera aún más imperiosa de esas mujeres que nos acosan regularmente...*<sup>9</sup>

Sobre su mecanógrafa, escribe:

*Cuando me hubo explicado todo, que compone hermosos poemaslésbicos, que tiene un cuerpo excitante, que es una mujer apasionada, añadió sonrojándose: “Me he enamorado de usted cinco o seis veces... Eso volverá a pasarme seguramente de nuevo.” Le sonreí y cambié de conversación. Cada vez que le doy dinero, quiere gratificarme con su cuerpo sublime, así que finalmente le dije que era Sartre quien le dio el dinero, que yo no me podía permitir tales generosidades.*

---

<sup>9</sup> S. de Beauvoir, *Lettres à Nelson Algren, Un amour transatlantique 1947-1964*. Texto establecido, traducido del inglés y anotado por Sylvie Le Bon de Beauvoir, Paris, Gallimard, Folio, p. 455.

Notaremos cómo juega con una cierta ambivalencia sobre el tema de la prostitución cuando habla de las lesbianas. En cuanto a Violette Leduc, frecuentemente apodada como “la mujer fea”, se siente objeto de relaciones basadas en el interés. El 28 de enero de 1950, B. escribe: “Me parece extraño que yo signifique tanto para ella, cuando para mí ella no cuenta nada” (p. 526). Ciertamente, B. se siente molesta por la pasión sin límite que le profesa Violette Leduc y que se convertirá en el tema de “Folie en tête”. Lo que no le impide tenerla en gran estima, declarando a Nelson el 7 de octubre de 1947: “Es sin dudarla la mujer más interesante”. La palabra “interesante” conlleva ahí también un punto de interés. Pero aquí se trata de un interés intelectual.

*Solitaria, lesbiana en el fondo de su corazón, es con mucho la más osada de las mujeres que conozco. (...) Sabe hablar de amor con un tono tan conmovedor y notable. Y en otra ocasión, suelta esta frase tremendamente reveladora de sus categorías conceptuales: Ella, en cambio, escribe como un hombre con una sensibilidad femenina.*(LNA, 111).

Entendemos mejor por qué B. ha desarrollado una visión tan negativa de la lesbiana. La sensualidad se sitúa en ella del lado de las pulsiones del yo y probablemente de un destete materno precoz.

Sirve para alimentar los apetitos del yo sin hacer distinción entre yo y el otro. Muy autoritaria con las jóvenes que deseaba, me confió Bianca Lamblin, B. dominaba e imponía su voluntad sin discusión. Por el contrario, con los hombres debe tener en cuenta el punto de vista del otro, dado que se mueve en una sociedad donde el hombre reina como dueño y no concede a su poderosa polaridad intelectual nada más que un minúsculo margen de movimiento. Ignorarlo sería un comportamiento esquizofrénico, mucho más perjudicial que la opción perversa por la que ha optado ya que le permite sacar el mejor partido posible de la situación de dominio que era la de las mujeres de su generación. En la introducción de “El segundo sexo”, escribe: “Las mujeres de hoy están a punto de destronar el mito de la feminidad. Comienzan a afirmar concretamente su independencia, pero no sin dificultades consiguen vivir íntegramente su condición de ser humano” (195). Estamos en 1949. La conquista de la condición humana de la mujer pasa por la virilidad, o la fraternidad, como ella dice en la conclusión de “El segundo sexo”. Pasa pues por el modelo masculino en tanto que condición humana universal y es por lo que B. desarrolló con Sartre una concepción

de la pareja que le permitió fusionarse intelectualmente con él conservando siempre el disfrute de su propio tesoro femenino.

En su correspondencia de 1939 con Sartre, expone su concepción sobre el amor en el trío donde distingue “el amor único” de los amores contingentes, lo que denomina las “puestas entre paréntesis”, que se aplica sobre todo a Bianca Bienenfeld con quien Sartre tenía una relación. El 8 de octubre de 1939 ella escribe a Sartre:

*...tras estas últimas semanas y después de las cartas que me ha escrito usted, no existe sabiduría capaz de hacerme efectuar esta transformación que es la puesta entre paréntesis. Amor mío, somos uno, y siento que soy usted en la misma medida en que usted es yo. Le amo, mi dulce pequeño, y nunca he sentido tanto su amor (LS, 171).*

Imposible decir eso a la mujer deseada. Primero porque no tiene clara su propia ambivalencia sobre géneros y normas. La homosexualidad es natural en tanto que deseo de lo femenino, pero no es normal. Después porque se siente atraída por antiguas alumnas con las que no tiene relación de igualdad intelectual como le sucede con Sartre. Son objeto de su depredación sexual y B. desprecia demasiado la pasividad femenina para reconocerse en una lesbiana deseando la feminidad. De ahí su ambivalencia frente al deseo lésbico. Es preciso que se le oponga resistencia y, a sus ojos, únicamente un hombre sabe hacerlo. En “El segundo sexo”, hay pasajes muy reveladores de su concepción del “acto” sexual cuando ella compara el amor con un hombre y con una mujer:

*Es sólo cuando sus dedos modelan el cuerpo de una mujer cuyos dedos modelan su propio cuerpo cuando se produce el milagro del espejo. Entre el hombre y la mujer el amor es un acto, cada uno despojado de sí mismo se convierte en otro: lo que maravilla a la enamorada, es que la languidez pasiva de su carne sea reflejada bajo la forma de ardor varonil; la narcisista en cambio, en este sexo erguido sólo reconoce de manera confusa sus propios encantos. Entre mujeres el amor es contemplación; las caricias no están destinadas a apropiarse de la alteridad como a recrearse lentamente a través de ella; la separación abolida, no hay ni lucha ni victoria ni derrota; en una exacta reciprocidad cada una es a la vez sujeto y objeto, soberana y esclava; la dualidad es complicidad (DS, II, 208).*



Dicho de otra manera, en el erotismo lésbico hay mezcla, no diferenciación de los sujetos, ni acto, ni lucha. De ahí los clichés sobre el “parecido”, “la semejanza”, “el desdoblamiento” y lo que ella llama “el milagro del espejo” que señala, y esto es grave para la B feminista, que la mujer no se construye en el cara a cara erótico con otra mujer sujeto. Es frente a un hombre que la joven se “metamorfosea” en sujeto activo, autónomo, viril. No frente a una mujer. ¿Quizá ella no encontró una mujer lo suficientemente fuerte para resistir a su apetito predador? Sartre es el único, quizás, sobre el cual ella no puede ejercer una influencia pues no se hace ninguna ilusión sobre sus sentimientos, como lo testimonia esta carta de 23 de diciembre de 1939:

*Me divierte usted con su harem de mujeres. Le animo encarecidamente a querer mucho a su pequeña Sorokine, que es tan encantadora. Pero, dirá usted, habrá que sacrificarla al final de la guerra. Es usted una inocente, mi amor, porque una de dos: o usted no habrá tenido el interés suficiente y entonces, tal como es usted, acabe o no la guerra, la dejará caer como un escupitajo, que es usted una pequeña malvada. O si no, como se presente, se encariñará mucho de ella y entonces sé que es usted tan ávida como para quererla guardar de todos y contra todos. Sería completamente triste sacrificar ese corazoncito, pequeño y puro<sup>10</sup>*

Para concluir podemos decir que la relación de dominio es una opción que adoptan las mujeres que desean el poder en las situaciones históricas en las que ellas no lo tienen legítimamente. Como escribió Roger Dorey en un artículo sobre el tema: “El dominio traduce pues una tendencia muy fundamental en la neutralización del deseo del otro, es decir la reducción de toda alteridad, de toda diferencia, la abolición de toda especificidad; el objetivo es reducir al otro a la función y al status de un objeto totalmente asimilable” » (LC, 503).

¿No es lo que B. ha descrito en “la lesbiana? “La separación está abolida”. Pues la diferencia no se sitúa entre las mujeres que, de una cierta manera, vuelven todas a lo mismo, sino entre el hombre y la mujer. De ahí la valorización del modelo viril que es una manera como otra de consumir los tesoros de la feminidad compartiendo siempre cierto poder intelectual con hombres de excepción.

<sup>10</sup> J.P. Sartre, *Lettres au Castor et à quelques autres*, Gallimard, 1983, p. 503.



De ahí también, para el feminismo que se reclama su heredero, la necesidad de repensar la cuestión de las diferencias si quiere participar en los debates del siglo XXI sobre la simbolización de la relación mujer-mujer.

*Artículo cedido por su autora, extraído del Libro « Qu'est-ce qu'une femme désire quand elle désire une femme ? », Edition Odile Jacob, 2004*